

SIGUIENDO A ELIAS. LA IDEA DE CIVILIZACIÓN Y EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD NACIONAL EN FRANCIA DURANTE EL SIGLO XIX»

Juan Ramón Goberna Falque. París

La famosa querrela de la *Kultur* y la *civilisation*, expresada en toda su magnitud especialmente en el transcurso de la Primera Guerra Mundial, puede rastrearse ya desde principios del siglo XIX. La interpretación de esta oposición es vinculada por Norbert Elias al problema de la identidad nacional¹. La idea de *Kultur* respondería a la situación de un pueblo que ha accedido tardíamente a la existencia nacional, cuya consolidación política es incierta todavía y cuyas fronteras son todavía imprecisas, es decir, un pueblo en búsqueda de su unidad. La cuestión *Was ist deutsch?* seguirá estando presente en la Alemania de 1939 mientras que los franceses no se planteaban desde hacía muchísimo tiempo el problema de su especificidad nacional. En el presente trabajo, siguiendo a Elias, pretendemos mostrar cómo la noción francesa de *civilisation* expresa la confianza que tiene en sí misma y en su «misión» mundial un pueblo cuyas fronteras están definidas y la coherencia establecida desde hace unos siglos y que propone propagar la «*civilisation*» a través de la empresa colonial.

La fe en la posición prioritaria de Francia se observa durante todo el siglo XIX. En el caso de François Guizot, Francia es también privilegiada a la hora de estudiar la historia de la *civilisation* en Europa: «Estamos, sin embargo, bien situados para entregarnos a esta indagación y estudiar la civilización europea. No se debe adular a nadie, ni siquiera al país propio; pero creo poder decir, sin lisonja, que Francia ha sido el centro, el hogar de la civilización de Europa»². O bien: «en una palabra, la claridad, la sociabilidad, la simpatía, son el carácter particular de Francia, de su civilización, y esas cualidades la hacen eminentemente adecuada para marchar a la cabeza de la civilización europea»³. O cuando asegura que «cuando se quiere estudiar la historia de este gran hecho [de la civilización en Europa], no es una elección arbitraria ni convencional tomar a Francia por centro de este estudio; es, por el contrario, situarse, en algún modo, en el corazón de la civilización europea, en el corazón del hecho que se quiere estudiar»⁴. Así, la *civilisation française* era «la más

¹ Norbert Elias, *El proceso de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989 (Basilea, 1939), p. 58 y s. Cf., más ampliamente, Juan Ramón Goberna Falque, *Civilización, historia de una idea*, Santiago de Compostela, Servicio de Publicaciones de la Universidad, (en prensa).

² François Guizot, *Historia de la civilización en Europa*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, p. 19

³ Guizot, *op. cit.*, p. 20

⁴ *Ibid.*

completa, la más verdadera, la más civilizada, por decirlo así»⁵, y esto no debía ser una exageración, según Guizot, sino que es lo que le ha valido «el primer rango en la opinión desinteresada de Europa»⁶.

Edgar Quinet opina en 1832: «por suerte o por desgracia, Francia, desde hace dos siglos, ha dirigido su destino a hacerse el órgano dominante de la civilización. No es para ella un lujo, una quimera, una riqueza superflua. Una vez más, es la idea que encarna y por la cual existe. Es el pensamiento que armoniza sus partes, que mantiene unido su territorio, que sirve de atractivo natural a las provincias conquistadas. A medida que este pensamiento se desprende hoy de ella, el agotamiento de las fuerzas vitales comienza; y es menester conservarle o perecer»⁷, para quien además «ni la ciencia, ni la libertad, ni el arte, ni la religión dan a Francia la superioridad. Al contrario, es inferior en estos aspectos a las naciones que la circundan. ¿Qué parte, pues, la (*sic*) queda? Este móvil es instinto de la civilización, la necesidad de iniciativa de una manera general en los progresos de la sociedad moderna»⁸.

Tales aspiraciones son apoyadas por algunas voces extranjeras, como por ejemplo por Heinrich Heine, que en 1832 calificaba a París como «la capital... de todo el mundo civilizado»⁹. Heine expresaba un temor poco halagador para con sus compatriotas: «Si alguna vez de forma horrible ocurriera que Francia, la madre de la *Civilisation* y la libertad se perdiera por ligereza y traición y el idioma aristócrata de Potsdäm se hablara otra vez en las calles de París, y que sucias botas teutonas pisaran otra vez el suelo sagrado de los Boulevards y el Palais-Royal olera de nuevo a cuero ruso [...]»¹⁰. Jules Michelet decía en su *Précis d'histoire moderne* que los pueblos del sur son excelentes en literatura y en las artes, los pueblos del Norte en filosofía y en ciencias naturales, y que Francia es excelente en los dos ámbitos. Francia tiene el derecho de guiar el movimiento general de la *civilisation*. Este derecho de Francia se justifica en general por la defensa de los derechos humanos de 1789. Según Saint-Simon, es la nación francesa: «la que está bien situada, por su revolución, en cabeza de la especie humana bajo la relación de la *civilisation*»¹¹.

Hacia mediados del siglo XIX, según E. R. Curtius, «Francia se embriaga entonces de la idea de su misión y de su vocación: es la pionera de la historia y de la

⁵ Guizot, *Histoire de la civilisation en France*, París, 10 ed., 1829, p. 26

⁶ *Ibid.* Por el contrario, España representa la anticivilización: «el carácter fundamental de la *civilisation*, el progreso, el progreso general, continuo, parece rechazado, en España, tanto en lo que se refiere al espíritu humano como a la sociedad. Buscad una gran idea o una gran mejora social, un sistema filosófico o una institución fecunda, que Europa le deba a España; no hay nada de ello», *op. cit.*, p. 19

⁷ Edgar Quinet, *Alemania*, Editorial América, S.A., Madrid, (París, 1832), p. 20

⁸ *Op. cit.*, p. 14.

⁹ Heine, «Französische Zustände», 10 de febrero de 1832, en: *Hist.-krit. Gesamtausg.*, Hamburgo, 1980, tomo 12/1, p. 103; cit. por Jörg Fisch, «Zivilisation, Kultur», en: *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, vol. 7, Stuttgart, Klett-Cotta, 1992, p. 755

¹⁰ *Op. cit.*, 1 de marzo de 1832, p. 109; cit. por Fisch, «Zivilisation, Kultur», *op. cit.*, p. 755. Cf. declaraciones similares de otros autores alemanes, citadas por Michael Pflaum, *Geschichte des Wortes "Zivilisation"*, tesis doctoral, Munich, 1961, p. 289 y siguiente.

¹¹ Saint-Simon, *L'organisation sociale*, 1er fragmento, 1823/4, en: *Oeuvres complètes*, t. 3, Bruselas, 1859, p. 264; cit. por Joachim Moras, *Ursprung und Entwicklung des Begriffs der Zivilisation in Frankreich (1756-1830)*, Hamburgo, 1930, p. 87

humanidad. La filosofía de la historia, la ciencia, la política, la reforma social se dan cita en este terreno. Incluso la literatura, a través de Victor Hugo, se declara presta para asumir la noble función de dar a este ideal la alta consagración del arte. De este modo, hacia mediados del siglo XIX, este ideal se convierte en un lugar común de la retórica. Se hace anónimo, ha pasado en el espíritu de la época y es eso la prueba de su acción entre el pueblo. La masa de la sustancia francesa ha asimilado completamente la idea de *civilisation*¹². Esta vocación particular de Francia se concilia muy bien, al menos hasta 1870, con la transcendencia general de la civilización: Francia es la pionera de un movimiento universal, «triunfa tanto para el universo como para sí misma»¹³. En la conciencia de los intelectuales, la idea de patria es inseparable de la idea de humanidad¹⁴, se une espontáneamente Francia y la civilización.

Sin embargo, el nacionalismo francés no era exclusivista en relación a la *civilisation*, sino que siguió estando asociado a una componente paneuropea. Guizot nombraba los logros de las diferentes naciones europeas en relación a la *civilisation*, aunque privilegiase siempre a Francia en primer lugar. Especialmente Inglaterra, y a veces Alemania, eran colocados por algunos autores a un nivel similar de *civilisation* que Francia¹⁵. Francia aspiraba bajo una especie de «universalismo nacionalista» a la posición dirigente en el grupo de cabeza. Esto se expresaba también en el hecho de que la búsqueda de una civilización específicamente francesa tuvo una importancia aún más pequeña que en Alemania. El papel de Francia se encuadraba en el contexto de la civilización europea, que al mismo tiempo era la civilización mundial, en donde los valores nacionales y de otros países fueron internacionalizados, aunque esto fue válido también para otros países. Incluso en 1870/71 no se abandonó completamente la base paneuropea, por ejemplo cuando Saint-Victor se quejaba: «¿Y qué es, por tanto, esta Alemania tan soberbia hoy y tan magistral? Una raza apenas ha conseguido desprenderse la mugre de la barbarie, la última de Europa venida al mundo de la *civilisation* y de la luz. Vegetaba todavía en los desbarajustes y en las tinieblas, cuando Francia había producido a Montaigne y Rabelais»¹⁶. Los alemanes no son, por tanto, ningunos bárbaros, sino solamente están civilizados tardíamente.

Para Victor Hugo, «París es la capital de la *civilisation*, que no es ni un reino, ni un imperio, y que es el género humano entero en su pasado y en su futuro. ¿Y saben ustedes por qué París es la ciudad de la *civilisation*? Lo es porque es la ciudad de la revolución»¹⁷. Además, París es la capital de todo el mundo civilizado. Francia es heredero directo de Atenas y de la Roma clásica: «París es la ciudad de las ciudades.

¹² Ernest Robert Curtius, *L'idée de civilisation dans la conscience française*, Publications de la conciliation internationale, 1929, p. 31

¹³ *Le Globe*, 1 de agosto de 1830; citado por R. A. Lochore, *History of the Idea of Civilization in France (1830-1870)*, Bonn, Ludwig Röhrscheid, 1935, p. 77

¹⁴ Cf. Claude Gideon, *La crise allemande de la pensée française (1870-1914)*, Presses universitaires de France, París, 1959, pp. 14 y s.

¹⁵ Lochore, *History...*, *op. cit.*, p. 17, 24, 73

¹⁶ Paul de Saint-Victor, *Barbares et bandits. La Prusse et la Commune*, París, 1871, p. 132; cit. por Fisch, «Zivilisation, Kultur», *op. cit.*, p. 756

¹⁷ Victor Hugo, *Actes et paroles*, III: *Depuis l'exil, 1870-1885*, París, 1940, p. 35

París es la ciudad de los hombres. Ha habido Atenas, ha habido Roma, y hay París»¹⁸, y «el momento en el que estamos es un gran momento para los pueblos. Cada uno va a dar su medida. Francia tiene este privilegio que tuvo antaño Grecia, que tuvo antaño Roma, que su pelgro va a marcar el estiaje de la *civilisation*»¹⁹.

La *civilisation* reclama la misma autoridad que la Iglesia romana. De este modo, la idea francesa de la civilización tiene una consciencia misionera y alcanza «una bendición que la eleva a una esfera religiosa»²⁰. Según Michelet, «toda solución social o intelectual, es infecunda para Europa hasta que Francia la interpreta, la traduce y populariza... Cada pensamiento solitario de las naciones sólo se ha revelado por medio de Francia. Ella profiere el verbo de Europa, como Grecia profirió el de Asia. ¿Merece realmente esa misión? Es más viva que ningún pueblo y desarrolla por la teoría y por la práctica el sentimiento de la generalidad social. A medida que ese sentimiento entra en los demás pueblos, simpatizan con el genio francés y se convierten a Francia. Aunque hablen contra ella le confieren al imitarla el pontificado de la nueva civilización»²¹.

Del carácter misionero de la *civilisation* también habla Victor Hugo: «El pueblo francés ha sido el misionero de la *civilisation* en Europa [...] En todos los tiempos, en todas las épocas, Francia ha jugado en la *civilisation* este papel considerable, y éste no es más que poder espiritual, es el poder que ejercía Roma en la Edad Media. Hoy Francia ha heredado por una parte este poderío espiritual de Roma; Francia tiene, en las cosas de la *civilisation*, la autoridad que Roma tenía y tiene todavía en las cosas de la religión»²². Hugo, en 1876, en su panfleto *Paris et Rome* confronta ambas ciudades: «Podemos decir que en nuestro siglo hay dos escuelas. Estas dos escuelas condensan y resumen en ellas las dos corrientes contrarias que entrañan la *civilisation* en sentido inverso, una hacia el futuro, la otra hacia el pasado; la primera de estas dos escuelas se llama París, la otra se llama Roma... Cada una de estas dos escuelas tiene su libro, el libro de París es la Declaración de los Derechos del Hombre; el libro de Roma es el Syllabus. Estos dos libros dan la réplica al Progreso. El primero le dice Sí; el segundo le dice No [...] El progreso es el paso de Dios»²³.

Los testimonios muestran que el tono va agudizándose durante el siglo XIX. Las reivindicaciones francesas son más absolutas. Y en la segunda mitad del siglo XIX más militantes y más expansivas. Al principio del siglo, menos en el caso de Napoleón, el acento se ponía en las pretensiones hegemónicas en lo que se refiere al plano espiritual. Luego se va cambiando el discurso a la esfera política para justificar las tendencias anexionistas e imperialistas, y por las necesidades de la propaganda de guerra. Pero sirve no sólo para justificar las anexiones dentro de Europa. Se utiliza también para justificar la expansión colonial. Se trata de una tarea humanitaria: hay

¹⁸ Victor Hugo, «Aux Allemands», 9 de septiembre de 1870, *op. cit.*, p. 37

¹⁹ Victor Hugo, «Aux Français», 17 de septiembre de 1870, *op. cit.*, p. 42

²⁰ E. R. Curtius, *Die Französische Kultur. Eine Einführung*, Stuttgart, Berlín, 1931, p. 4

²¹ Jules Michelet, *Introducción a la historia universal*, en VV: AA, *Novísima Historia Universal*, Madrid, Le Editorial Española-Americana, 1908 (París, 1831), p. 30

²² Victor Hugo, *Actes et paroles*, I: *Avant l'exil*, 1841-1848, «La Pologne», 19 de marzo de 1846, p.94 y siguientes; cit. por Lochoire, *op. cit.*, p. 50

²³ Victor Hugo, *Actes et paroles*, III: *Depuis l'exil*, p. 21 y siguiente.

que civilizar a los pueblos bárbaros. Así, Gabriel Hanotaux, ministro de Asuntos Exteriores, escribe en su libro *L'énergie française*, en 1902: «[...] se trata de crear tantas "Francias" en las cercanías como en las lejanías [...]»²⁴.

Como eslogan de la propaganda para la guerra, *civilisation* aparece por primera vez en la guerra francoalemana de 1870-71. Los franceses estaban convencidos de que Francia triunfaría porque defendía la *civilisation*: en palabras de Hugo, «mientras que la nación victoriosa, Alemania, bajará la frente bajo su pesado casco de horda esclava, ella, la vencida sublime, Francia, tendrá sobre la cabeza su corona de pueblo soberano... Y la *civilisation*, enfrentada con la barbarie, buscará su vía entre estas dos naciones, de las que una ha sido la luz de Europa y de las que otra será su noche»²⁵. Lo mismo ocurrirá durante la Primera Guerra Mundial.

1870 marca un corte. La guerra trastorna imágenes e ideas y la victoria alemana da a la reflexión de los intelectuales franceses una inflexión completamente nueva. Ya no se trata de promover un ideal universal sino de reedificar un país disminuido. Francia tiende a replegarse sobre sí misma, concebida como una creación histórica original a la imagen de Alemania²⁶. Los «*maîtres à penser*» centran sus trabajos sobre su nación: Renan, en *La reforma intelectual y moral*, investiga las vías de renovación, Taine, en *Los orígenes de la Francia contemporánea*, se interroga sobre los orígenes del fracaso, Fustel de Coulanges, en *L'histoire des institutions politiques de l'ancienne France*, parte hacia la investigación de la auténtica realidad nacional. La preocupación por el despertar nacional se convierte en la primera preocupación. Tampoco encontramos ya, después de 1870, afirmaciones inflamadas parecidas a las de Michelet o de Hugo sobre Francia, antorcha o pionera de la civilización e incluso, alrededor de los años 1880, aparece y se desarrolla el tema de la decadencia del país²⁷. Sin embargo, las miras universalistas continúan siendo muy claramente expresadas, por ejemplo en toda la obra de Taine y de Renan posterior a 1870²⁸.

Este egocentrismo se refleja, por supuesto, en la ideología colonial que asocia corrientemente «colonización» y «civilización». El «deber superior de la civilización» al cual se refiere Jules Ferry²⁹ está entre los argumentos invocados para justificar la colonización que suscita la más amplia aprobación. Es incluso retomado por su cuenta por una fracción importante de la corriente socialista que, sin embargo, a partir de 1895, se opone vivamente a la política colonial: Jaurès, por ejemplo, muy crítico respecto a las formas de colonización, no por ello admite menos, como la

²⁴ Gabriel Hanotaux, *L'énergie française*, París, 1902; cit. por Epting, *op. cit.*, p. 90 y siguiente.

²⁵ Victor Hugo, «Pour la guerre dans le présent et pour la paix dans l'avenir», conferencia en la primera sesión de la Assemblée Nationale en Burdeos, 11 marzo de 1871, p. 70; cit. por Hilgers-Schell/Pust, in: *Kultur und Zivilisation*, tomo 3 de la serie *Europäische Schlüsselwörter*, Munich, Max Hueber, 1967, p. 26

²⁶ Cf. C. Digeon, *op. cit.*, en particular p. 4, 77 y 88

²⁷ Cf. C. Digeon, *op. cit.*, pp. 353-359

²⁸ Cf. en particular E. Renan, *La reforma intelectual y moral*, Barcelona, Península, 1972 (París, 1871); y ¿*Qué es una nación?*, Madrid, Alianza Editorial, 1987 (París, 1882), e H Taine, *Los orígenes de la Francia contemporánea*, Barcelona, Planeta - De Agostini, 1996 (París, 1876-1893)

²⁹ Cf. entre otros ejemplos el discurso pronunciado por Jules Ferry en la Cámara de los diputados el 22 de julio de 1885; cit. por Raoul Girardet, *Le nationalisme français, 1871-1914*, Armand Colin, París, 1966, p. 103

mayoría de sus contemporáneos, la idea de la misión civilizadora de su país³⁰. La colonización es, de este modo, una de las manifestaciones de la vocación humanitaria de Francia, de la que Ernest Lavissee se hace el heraldo en sus manuales y sus discursos. Su manual de enseñanza primaria se termina con estas palabras: «Francia es la más justa, la más libre, la más humana de las patrias»³¹.

Sin embargo, para completar la imagen hay que decir que había voces discordantes dentro de Francia, gente que dudaba de las pretensiones hegemónicas francesas y que rechazaba la justificación del imperialismo. Hay incluso un pesimismo frente a la idea de civilización. Charles Baudelaire llega a decir que «la *Civilisation* está refugiada posiblemente en alguna pequeña tribu todavía no descubierta», habiendo sido declarada Francia previamente, como Bélgica, «país bastante bárbaro»³². E.-R. Curtius, en sus ensayos de los años 20, asegura que los franceses cultos de su época habían perdido definitivamente la fe en la primacía de la civilización francesa. En efecto, así fue, aunque esta idea todavía tuviese una amplia audiencia entre las masas populares y en la prensa. Sin embargo, a través de los testimonios que hemos mostrado en el presente artículo, ha quedado clara la vinculación que ha tenido la fe en esta primacía, la «misión civilizadora» de Francia, con el problema de la identidad nacional a lo largo del siglo XIX.

³⁰ Cf. Philippe Bénéton, *Histoire de mots: culture et civilisation*, Presses de la fondation nationales des sciences politiques, París, 1975, p. 52.

³¹ Ernest Lavissee, *Histoire de France*, curso medio, 1912; citado por Pierre Nora, «Ernest Lavissee: son rôle dans la formation du sentiment national», *Revue historique*, 228, julio-septiembre 1962, p. 104

³² Baudelaire, «Pauvre Belgique» en *Oeuvres Complètes*, Pléiade, París, 1975-1976, p. 820; cit. por Jean Starobinski, «Le mot *Civilisation*», en *Le Temps de la réflexion*, 4, 1983, p. 41